

APUNTES PARA LA HISTORIA CONSTITUCIONAL DE CUBA.

CONEXIONES INTERNACIONALES DE LA CONSPIRACION DE LA ESCALERA.

Por Jose Manuel de Ximeno.

LA Conspiración de la Escalera representa la etapa última de la política tradicional de Inglaterra con respecto al Imperio Español en América; esta conspiración, llamada también de «El 44», enlaza y explica episodios aparentemente desligados que tienen origen común. Es un largo proceso cuyas raíces prendieron en el instante mismo que Cromwell inició el engrandecimiento de su patria, y que en el transcurso del tiempo, sufrió las mutaciones naturales impuestas por lugares y épocas.

En los siglos anteriores al XIX los ataques fueron contra España, después España continuó apareciendo como objetivo inmediato, cuando en realidad los golpes iban dirigidos a los Estados Unidos; porque la posesión de Cuba representaba el dominio efectivo de rutas marítimas importantísimas, y una barrera sólida contra el poder creciente de los norteamericanos. Mas adelante el fracaso de los manejos de Turnbull, Crawford y Coocking, así como el ambiente hostil de Cuba a caer nuevamente bajo la soberanía británica, encañaron los propósitos clásicos del Gabinete de Londres a mantener la isla en poder de España, obstruyendo los proyectos de anexarla a la Unión.

En el pasado quisieron los ingleses apoderarse del comercio español de las Indias atacando flotas, y haciendo desembarcos e incursiones que les representaban presas fabulosas. Luego estos planes alcanzaron amplitud mayor, encaminándose a ocupar posiciones estratégicas en la navegación del Nuevo Mundo; sus ejecutores no fueron, entonces, aventureros audaces metidos en el mar en busca de galeones, sino ejércitos y escuadras regulares que cruzando las costas americanas amenazaban las colonias españolas, algunas de las cuales conquistaron.

Dentro de esta tradición el cambio de La Habana por las Floridas fué error de consecuencias incalculables, explicado como falta de previsión de los políticos ingleses, o impuesto por la necesidad de conquistar la paz enseguida ante la crisis económica que atravesaba

el país, y la imposibilidad de seguir manteniendo una guerra de proporciones vastísimas. La unidad geográfica no pudo pesar mucho en el ánimo de los estadistas británicos cuando se cruzaron de brazos frente a la cesión de la Luisiana en 1763, y cuando según don Juan de Miralles el pueblo británico deseaba la lucha con España para situarse en los puertos de La Habana, Matanzas y Bahía Honda que les darían la llave de la América, como Gibraltar les entregó las del Atlántico y mares de Levante. Si la victoria fué fácil y La Habana, Matanzas y el Mariel cayeron en sus manos, ¿qué otra razón a no ser la prisa de llegar a la paz a cualquier precio por la malísima situación económica, justificaba la permuta acordada en París?

Pocos años después los españoles reconquistaron las Floridas, Cuba servía de base a las escuadras francesas y españoles que ayudaban a los norteamericanos en sus esfuerzos por obtener la independencia, y el comercio de La Habana socorría con un millón de libras a Washington y Rochembeaux.

En las postrimerías del siglo XVIII y comienzos del XIX, Inglaterra persistió en sus viejos planes favoreciendo los proyectos de liberación de Hispano-América con ataques al comercio marítimo, si bien en lo que a Cuba concierne no siempre le acompañó la fortuna pues los españoles hicieron presas en Canasí, Trinidad y otros lugares de la costa.

En la nueva guerra europea, provocada por las cláusulas secretas del Tratado de Tilsit, los ingleses hubieran tenido que abandonar las actividades americanas de no asegurarles la audacia del futuro Duque de Wellington el cumplimiento de las alianzas con Dinamarca

y Suecia, que después del bombardeo de Copenhague y de la pérdida de la batalla de Koeg, facilitaron sus escuadras. Con estas armadas y la de Portugal, persistieron en los planes contra España enviando expediciones a la América del Sur, y atacando a los buques enemigos que se aventuraban en la navegación del Atlántico.

La invasión de la Península ocurrió cuando organizaban nueva ex



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

pedición bajo la jefatura de Miranda, y como disponían de la mayor flota del mundo, pudo Canning afirmar ante el peligroso acercamiento del Emperador a las costas inglesas que si los franceses obtenían España, «bajo ningún concepto sería España con las Indias». Al apoyo pedido por la Junta de Asturias, dió Londres el valor de alianza con España, cesando las actividades americanas para luchar juntos contra Napoleón I.

Vencido Bonaparte, la amistad nacida en momentos angustiosos se cimentaba con la paz, pareciendo que se extendería a los dominios españoles, pues en 1816 en Londres declararon al Conde de Fernán — Núñez que se había dicho a Washington «que así como la Inglaterra no aceptaría ni por indemnización ni por venta cesión alguna del territorio de América que quisiera hacerle España, tampoco llevaría a bien que los Estados Unidos se extendiesen fuera de sus límites, porque en este caso mudaría enteramente de sistema y tomaría el curso que creyese conveniente respecto a los intereses de España, y seguiría el suyo propio». Los norteamericanos respondieron que no pensaban extender su territorio en ningún sentido, esperando sólo a entenderse con España en la demarcación del Mississippi.

La declaración inglesa satisfizo grandemente al Monarca Español; pero como quisiera finiquitar reclamaciones recíprocas establecidas por ciudadanos y súbditos de una y otra nación, evadieron en Madrid toda respuesta que significase la aceptación plena de lo indicado a los Estados Unidos.

En esta época vivía ya en España el habanero don José Alvarez de Toledo, muy al tanto de las intrigas europeas, que a una imaginación cultivada e inquieta, unía el conocimiento profundo de las miras de la Unión sobre las colonias americanas por haber sido actor principal en alguno de los planes de aquella. Toledo, quizás si desengañado por la indiferencia con que Cuba vió su manifiesto de 1811, o amargado por el fracaso de la expedición a México, buseó la amistad y protección del Ministro español don Luis de Onís, que escribió a Pizarro hablándole del arrepentimiento de aquél, y de los servicios extraordinarios que le prestaba; medió Pizarro cerca de Fernando VII, y concedido el perdón le ordenaron regresar a España para utilizarlo en el real servicio.

Las influencias de Inglaterra y Rusia dividían la corte del Rey Fernando en dos partidos, alcanzando el de la última influjo grande; sobre todo después de las conversaciones de Verona que alejaron a los ingleses del absolutismo de la Santa Alianza, favorecido por Luis XVIII y Alejandro I. Toledo jugó con los partidarios de una y otra nación. Convencido de la imposibilidad de vencer a los ingleses, aconsejó la necesidad de llegar a una solución de los problemas americanos, grata a Inglaterra, hasta lograr que otra potencia se interesase en las colonias del Nuevo Mundo para balancear la superioridad de Londres; y como veía en la guerra con los Estados Unidos la pérdida segura de las posesiones españolas, indicó la venta de las Floridas en vista de la imposibilidad de defenderlas. Creía Toledo que para despertar los apetitos de Francia, debería cedersele la parte que aun quedaba de Santo Domingo, ya que más o menos pronto arrojarían de allí a los españoles las ambiciones de Cristóbal y Petión. Se vendieron las Floridas, y la Cancillería de Madrid no desperdició oportunidad de interesar en sus problemas coloniales a las de París y San Petersburgo.

Ante el curso sinuoso seguido por la política española, y enterados que la Santa Alianza impondría de nuevo el absolutismo en España, los ingleses trataron de aprovechar el fugaz período constitucional para tratar de la compra de Cuba, pensando que los norteamericanos deseosos de la posesión de la isla, y enamorados de la entonces flamante doctrina de Monroe, no tolerarían agresiones que la llevasen a poder de una potencia extranjera. Canning dirigía la política exterior de Inglaterra, y estaba perfectamente enterado de los trabajos para la anexión de Cuba a los Estados Unidos.

La reacción cubana contra la venta fué violentísima, reflejándose en artículos vehementes de la prensa habanera, y hasta en el seno de los «Soles y Rayos de Bolívar». En un periódico de la época: «El Americano Libre», apareció el interesante artículo que se copia a continuación; escrito, probablemente, por don Evaristo de Zenea y de la Luz, catedrático habanero que supo despertar entre sus alumnos el amor por el estudio del derecho constitucional, formando pléyade de discípulos distinguidísimos, capaces de honrar al profesor más sabio:

TRIMONIO DOCUMENTAL

h

«Que la astucia del gabinete inglés aproveche la oportunidad de la piratería para lograr poner un pie en la isla de Cuba, es cosa muy consiguiente con las sórdidas miras que en todos los tiempos le han animado; pero que sus pretensiones sean admitidas; que los cubanos, ilustrados y valientes, decididos por la libertad hasta el extremo del delirio, consintiesen ni un solo instante en doblar vergonzosamente la cerviz al yugo de una metrópoli odiosa cuya constitución no es más que la transacción entre el poder monárquico o absoluto, el autocrático y el democrático y con el cual se hallara bien cualquier déspota en otro pueblo que en Inglaterra, es un delirio, una visión del periodista anglo-americano, cuya imaginación se ha exaltado con el temor de ver obstruida la libre comunicación entre los Estados de la Unión, y dominado el Golfo Mexicano. ¡Que! Pudiéramos jamás consentir el dominio del bárbaro sistema colonial y el peso insostenible de unos gobernantes extranjeros que después de arrancar de nuestras manos el fruto de nuestros sudores irían a gozarlo en medio de sus paisanos dejándonos en cambio llanto, miseria y desolación? Antes vengan sobre nosotros toda suerte de calamidades, ante se conjure la naturaleza entera contra cuantos existimos, corra en buena hora la muerte por todas partes, caigan mil y mil cubanos, unos sobre otros, tintos en sangre caigan, que no por eso se arredrán nuestros pechos libres; permitir fuerzas británicas en nuestro suelo! ¡Quién llegó jamás a imaginarlo! ¡Los hijos de Cuba ingleses! No, no es creíble, miente quien tal diga, y no conoce sino el fuego que inflama los corazones de todos los habitantes. Y pudieran ellos ahuyentar la libertad para unir su isla amada al despotismo colonial de Inglaterra? Si la península carece de recursos, si apenas puede subvenir sus necesidades, no importa; «Cuba basta para sí misma, y ella sola y con sólo los brazos fuertes de sus hijos denodados, sabrá resistir toda agresión».

«Muy distantes estamos de creer que el Gabinete español dé oídas a proposiciones denigrantes; todos

sabemos que la isla de Cuba no es un rebaño que puede venderse o enagenarse, que ni el soborno ni la intriga podrán sacar partido alguno, y que si desoyesen por desgracia los consejos de la razón, el resultado vendría a ser el que produce la miseria y la injusticia».

«Disipe, pues, el periodista sus temores, y crea que la isla de Cuba jamás podrá amoldarse al gobierno de los pares y los comunes en el que se sostiene únicamente la libertad por el espíritu público».

Y en «El Liberal Habanero» escribía L. R. «Sabido es que esta nación nos ha observado siempre con unos ojos que no indican las mejores intenciones. ¡Desgraciados de nosotros si llegásemos a vernos, bajo el sistema colonial de la Gran Bretaña. Nuestros azúcares, nuestro café, aguardientes, mieles, cereas, etc., no podrían ser vendidos más que a ingleses y transportados en buques ingleses a la Inglaterra, para ser despachados allí a los extranjeros al más alto precio que quisieran los ingleses, cuando por supuesto se nos comprarían a nosotros por el más bajo que... quisiesen... también los ingleses».

Si ellos tienen el Gibraltar de la Europa que no tengan el Gibraltar de la América, porque entonces todo el mundo comerciante vendrá a ser su tributario. ¡Desdichado continente americano si la poderosa Albión enarbola aquí su monopolio estandarte!

«¡Desdichados de nosotros si el inglés pisa nuestro suelo! De donde sacaríamos la cuota suficiente para pagar sus forzosas y acostumbradas contribuciones? Por vestirse de paño, por ponerse zapatos, por comer tal y tal manjar, por vivir en esta u otra casa... ¡Dios nos libre!...

«Por nuestra parte tenemos ya recogido nuestro equipaje, para marcharnos, si llega ese caso, aunque sea a Turquía, y... ¡abandonar nuestra querida patria!...

Otros artículos de esos años estudiaban las consecuencias económicas probables del cambio de soberanía, señalaban los peligros del monopolio inglés, y recalaban que mientras las colonias británicas permanecían cerradas al comercio de los mares extranjeros, en los puertos mayores de Cuba flameaban las banderas de todas las naciones.



En La Habana conocieron de este proyecto por el «Mobile Commercial Register», que reprodujo cierta información del «Current of Jamaica» de 16 de enero de 1823 diciendo que el Comodoro Eduardo Owen, K. C. B. había reunido en Plymouth una escuadra de cuatro navíos que saldría inmediatamente en servicio personal, uniéndose a la que desde el 17 de diciembre de 1822 navegaba rumbo a Cuba. La misión del Comodoro Owen coincidía con la noticia de que Londres y Madrid tenían concertado un nuevo tratado dando a los ingleses ventajas comerciales extraordinarias, y el derecho de ocupar posiciones estratégicas en la Isla. El periodista norteamericano alarmado por lo que se tramaba, y temeroso de que el ambiente de Cuba fuera favorable a esta intriga, en tonos agrios afirmaba que la Unión no deseaba colonias, porque gobernarlas era bastante malo pero que «la suerte de Cuba no puede ser indiferente para los Estados Unidos, y que esto es peor que si su existencia pública y territorial estuviese enlazada con ellos; aunque esperamos que la necesidad de verificar semejante conexión, está muy distante».

Al cesar de publicarse «El Español Libre» vino a convertirse «El Americano Libre» en el «El Revisor Político y Literario» cuyos artículos, como los de su antecesor, tiene interés subidísimo para la historia política de Cuba: estas dos publicaciones desarrollaron con bastante libertad algunos de los aspectos de la ideología de los conspiradores de los «Soles y Reyes de Bolívar»; pero después que el Doctor Portell Vilá colocó a don José de Arango y Núñez del Castillo dentro del campo anexionista, los trabajos de éste, insertos en el «El Revisor», sobre las consecuencias económicas de la guerra con Inglaterra, y los comentarios hechos al escrito del Abate Du Prat en relación con la libertad de la Isla, pudieran interpretarse, también, como propaganda muy sutil en favor de la incorporación de Cuba a los Estados Unidos.

Al fracasar las negociaciones de compra dijeron en Londres en 1825 al Ministro americano que la Unión debería ligarse en pacto triple con Inglaterra y Francia para

asegurar a España la posesión de Cuba; Henry Clay se negó a esta alianza, porque entendía que significaba darle intervención en Cuba a otras potencias, y que los Estados Unidos no toleraban en la isla el otro poder que el de España. La conducta enérgica de Washington hizo que los ingleses idearan poseer la isla organizando una revolución; esta maniobra llegó a conocimiento de los españoles por el Duque de Wellington que enteró de ella al Embajador de España, Conde de Alcudia, y que en Madrid transmitieron en primero de junio de 1827 al Encargado de Negocios de los Estados Unidos, Everett. El duque de Wellington no se limitó a hablar de este negocio con el Conde de Alcudia, sino que recomendó al Coronel don Francisco de Armenteros que así que llegase a La Habana informara al Rey de España de cuantas manifestaciones contrarias a su soberanía observase.

La gestión de Wellington, mencionada por los historiadores Morales, Pereyra y Portell Vilá, merece que se investigue y estudie minuciosamente, ya que existen ciertas ocurrencias que pudieran estar ligadas en un interés común. En el presente trabajo no se intentará esta labor seductora; pero dentro de sus límites cabe señalar los puntos de referencia que inclinan a creer que el Gabinete de Londres conocía, y quizás si hasta alentaba, los proyectos de Bolívar sobre independencia de Cuba, primero demorados por el levantamiento de Bustamante en el Perú, censurados más tarde por Henry Clay, que en 20 de Diciembre de 1825 manifestó a los Ministros de Colombia y México la oposición de los Estados Unidos y fracasados, definitivamente, en el Congreso de Panamá por la hostilidad de los Comisionados norteamericanos.

Cuando la proyectada expedición de Bolívar parecía que iba a realizarse, España estableció en Cuba la Comisión Militar, Ejecutiva y Permanente para conocer de todos los procedimientos de infidencia. A poco de constituida, Vives oficiaba al gobierno de Madrid que la corbeta de guerra inglesa «Eugenia», llegada a Cuba el 8 de Junio de 1825, había traído y desembarcado al doctor Joaquín Infante, y a dos o tres revolucionarios, envia-



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

dos para sondear el ambiente, y agitar la opinión del país en favor de la independencia. Al año siguiente salieron de Jamaica, Francisco Agüero, Manuel Salas y otros compañeros más sin que encontrasen apoyo en la opinión pública para la insurrección que proyectaban; caídos los dos primeros en poder de los españoles fueron ahorcados en la Plaza Mayor de Puerto Príncipe. La llamada «Expedición de los Trece» también corresponde a esta época, y en ella figuraban cinco ingleses; y del mismo tiempo fueron las sediciones de negros que a principios de Noviembre de 1826 estallaron en los cafetales «Tentativa», situado a quince leguas de La Habana, y «Cupido» y «La Reunión», todos en el partido de la Güira. Zaragoza sostiene que a estas asonadas no fueron ajenos

los cubanos emigrados a los reinos disidentes.

Aunque los ingleses quisieron justificarse con Madrid restándole importancia a la confidencia de Wellington, es muy curioso que estos proyectos coincidieran en el reconocimiento de México y Colombia; época en que el Libertador acariciaba la idea de la independencia de Cuba. Desde luego que esto no supone que Bolívar siguiera sugerencias inglesas en la expedición a Cuba, sino que Inglaterra, dentro de su política tradicional, le prestaba apoyo. Los ingleses reconocieron a México y Colombia en 1824. Canning trabajó mucho por lograrlo, y cuando al fin convenció al Rey, escribió regocijado a su amigo Lord Granville, «la América española es libre y si no manejamos mal nuestros negocios, ella será inglesa», Gil Fortoul entiende que el pensamiento del diplomático inglés se refiere al aspecto comercial, exclusivamente; sin embargo el propio Canning en los días de la invasión de la Península por Napoleón I expresaba poco más o menos lo mismo, cuando aseguraba que los franceses podrían ganar España; «pero bajo ningún concepto será España con las Indias»; y uno o dos años antes de que escribiera a Lord Granville negociaba la compra de Cuba, sabe Dios con qué fines y en relación con los norteamericanos.

Después de 1824 la independencia de Cuba encontraba el mejor ambiente en el Continente Americano; en México se fundaba la «Junta Promotora de la Libertad Cubana»; el Libertador parecía entusiasmado con el proyecto, y su hermana María Antonia de Bolívar de Clemente, que vivió en La Habana desde 1814 a 1821, le escribía pidiéndole que no fuese al frente de la expedición, que marcase a Arizmendi o a Paez, aniéndole a la vez con lo fácil de la empresa, pues bastaba con bloquear La Habana que «a los dos o tres meses se entregará irremediablemente, porque hasta la leña y carbón se traen del Norte; nada más que azúcar y café hay allí». El bloqueo aconsejado por doña María Antonia no hubiera podido jamás llevarse a cabo sin la anuencia de Inglaterra, que tenía ya comercio importante con Cuba, y que unos pocos años atrás justificaba sus propósitos de situarse en lugares estratégicos de la isla para defenderla de los ataques frecuentes de corsarios y piratas.

Ocurrió el Congreso de Panamá, y los Comisionados norteamericanos siguiendo al pie de la letra las instrucciones de Henry Clay produjeron el fracaso de los planes de Bolívar y del entusiasmo de Paez. Después habló Wellington con Alcedúa y Armenteros; y vino a Madrid a enterarse de que Cuba estuvo a punto de escaparse de las manos.

La muerte de Fernando VII encendió la guerra civil en la Península; parecía en los primeros años que el triunfo sería de la facción del Infante por lo que Inglaterra dijo a María Cristina, en 1837, que si la suerte le era adversa en la contienda, la apoyaría para establecer a Isabel II en el trono de Cuba. Coincide la fecha del ofrecimiento con la llegada a La Habana del pontón Rodney, dotado de guarnición negra que fueron reforzando con los años. En julio de 1837 las autoridades de Matanzas detuvieron al sastre jamaquino Jorge Davidson por guardar periódicos y folletos abolicionistas; Blas Osés dictaminó en la causa formada por la Comisión Militar en el sentido de que se resolviera gubernamentalmente expulsando a Davidson, en atención a su fuese «casi seguro que no se

PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

presentarán pruebas para la imposición de la mayor pena». Al año siguiente se levantaron las dotaciones del ingenio «Manacas», de Armenteros, en Trinidad, y de otras fincas de la jurisdicción, siendo esta sublevación una de las más importantes de las ocurridas en Cuba hasta entonces; para dominarla Tacón movió mucha tropa durante algunas semanas. Era voz pública en esos días que a ella no fué ajena la sociedad abolicionista inglesa que desde Jamaica envió agitadores.

Los norteamericanos seguían muy de cerca los manejos ingleses

contrarrestándolos con ofrecimientos de proteger a España en la posesión de Cuba; John Forsyth, antiguo enviado de Monroe para la compra de la Florida y Secretario de Estado en tiempos de los Presidentes Jackson y Van Buren, en 1841, indicaba al Encargado de Negocios de los Estados Unidos en Madrid que ofreciera a la Reina las fuerzas militares y navales de la Unión para impedir el despojo o para recuperar la isla». Al año siguiente, 1842, el agente español Miguel de Silva, más adelante mencionado por Plácido en una de sus confesiones, conocía las actividades revolucionarias del Cónsul Inglés, y la repulsa del gobierno francés que ordenó a sus barcos observar los movimientos, y prestar ayuda en caso necesario. Los acontecimientos buscaban rápido fin, una gran escuadra inglesa rodeaba las Antillas, y las relaciones de Turnbull con el Capitán General entraban en el plano de mayor violencia.

Washington velando por sus propios intereses, estableció contacto directo con el Capitán General de Cuba, ordenando Daniel Webster en 1843 al Cónsul en La Habana que ofreciera a la más alta autoridad de Cuba la ayuda de los Estados Unidos para frustrar cualquier tentativa inglesa, encaminada a fundar en la isla una República Cubana-Etíópica. Cuando los americanos percibieron la posibilidad de que Espartero, favorecido por los ingleses, buscara asilo en Cuba y se dieron cuenta del poco rigor con

que las autoridades de la isla trataron a Turnbull y a Coocking, el Secretario de Estado ordenó al Comodoro Chancey ponerse a las órdenes de O'Donnell y le instruyó de la necesidad de no dejar impunes a los autores de atentado semejante a los cometidos por Turnbull; indicándole, además, que si los Tribunales se mostraban magnánimos o flojos, debería el pueblo tomar la justicia por su mano, y ahorcarles «en el mismo Ingenio» en que los encontrasen.

En estos últimos tiempos las dotaciones de varios ingenios se sublevaron contra sus amos, y Domingo del Monte enteraban a Everett, y por conducto de éste a la Cancillería de Washington, de la existencia de una conspiración de vastas proporciones.

La Habana, Abril 15 de 1944.

Libertad
ab 20/44

IP

**PATRIMONIO
DOCUMENTAL**

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA